

LA DIALECTICA MARXISTA

POR

VLADIMIRO LAMSDORFF-GALAGANE

El tema que he sido invitado a desarrollar en esta XVII Reunión de Amigos de la Ciudad Católica, por gentileza de nuestro admirado don Juan Vallet, es el de la dialéctica marxista. Luego he de hacer la salvedad previa de que no diré nada de otros posibles conceptos de la dialéctica —socrática, aristotélica o cualquier otra—, que han sido objeto de la ponencia del profesor Petit. Todo lo que yo diga de la dialéctica —aunque no lo especifique en cada caso— ha de entenderse referido a la dialéctica en sentido marxista. En términos elementales: si afirmo que la dialéctica es algo muy malo, me refiero a la marxista, no a la dialéctica “en el buen sentido”. Claro está, esto deja en pie el problema de si vale la pena seguir empleando el mismo término para su “buen” y su “mal” sentidos. ¿Quizá, cuando una palabra ha sido tan prostituida como ésta, lo mejor fuese dejarla enteramente al adversario, y para el “buen” sentido adaptar algún término sustitutorio (como “lógica”, o “razonamiento”)? Es una opinión, aunque igual de defendible es la opinión contraria, de que es lástima desprenderse de una palabra tan expresiva.

Volviendo a nuestro tema, lo primero que diremos de la dialéctica marxista es que tiene su origen en la dialéctica hegeliana. Sabemos cómo razonaba Hegel: de la tesis de que “todo lo real es racional, y todo lo racional es real”, sumada a que la razón humana suele avanzar por superación de contradicciones, dedujo que la contradicción existe en las cosas mismas, y es el motor de su evolución, de su transformación. De ahí que pudieran ser estudiadas dialécticamente no ya las *ideas*, sino las *cosas* mismas: a cada concepto se puede oponer otro contradictorio, la contradicción se resolverá en

un tercero, que a su vez se contrapondrá a otro más, y así sucesivamente. Es lo que se suele llamar tesis-antítesis-síntesis. Un estudio de esta índole da lo mismo llamarlo "lógica" que "ontología", que "ciencias naturales": quedan fundidas en una. Y, de hecho, la *Lógica* de Hegel empieza con la contraposición de la "tesis" *ser* a la "antítesis" *no ser*, "contradicción" que se "resuelve" en una "síntesis": el *devenir*. Este será a su vez contrapuesto, etc.

No se puede decir que los puntos de partida de Hegel sean absurdos. El que las cosas lleven dentro un principio de negación que las hace susceptibles de movimiento, de transformación, me parece una idea muy fecunda. Y todo lo real *es*, desde luego, racional. Acordémonos un momento del buen viejo catecismo de Ripalda. Dios es creador y *conservador* del Universo. Está *en todo lugar*. Y es también, como demostró Aristóteles, el motor de donde procede todo movimiento. Comprendámoslo bien: nuestro cuerpo está formado por órganos; éstos, por células; las células, por moléculas; las moléculas, por átomos; los átomos por cargas eléctricas. Pues en cada una de estas cargas está Dios. A cada instante está trabajando en ellas, polarizando estos protones y electrones, creando y conservando esta tensión entre ellos, que es en lo que consiste la existencia. Está eternamente trabajando en el interior de cada átomo, quizá de cada partícula subatómica, para que exista, se conserve, funcione este prodigioso juego de construcciones llamado Universo; luego ¿cómo no va a estar este Universo, y todo lo que contiene, sometido a Su razón, infinitamente lógica?

El error de Hegel no está, pues, en los puntos de partida. Pero, desgraciadamente, extrajo de ellos justo las consecuencia que no debía. Porque se puede decir que dentro de las cosas, o entre cosa y cosa, existen fuerzas, tensiones, campos, oposiciones, todo, menos "contradicciones". ¿Por qué? Porque designamos las cosas mediante *conceptos*. Si admitimos que en las cosas hay "contradicciones", estudiables por la lógica, nuestra lógica habrá de estudiar *contradicciones entre conceptos*. Pero entre conceptos no puede haber relaciones de contradictoriedad; éstas sólo se dan entre *proposiciones*: son contradictorias las proposiciones "todo S es P" y "algún S no es P"

Si es verdadera la primera, no lo es la segunda, y viceversa (1). En cambio, los conceptos pueden incluirse uno dentro de otro (como "madrileño" en "español"), pueden excluirse (como "hormiga" y "oso"), pueden coincidir en parte (como "suizo" y "francófono"), pero lo que no pueden es contradecirse, de forma que para que sea verdadero uno tenga que ser falso el otro. La razón es que un concepto, por sí solo, no es ni verdadero ni falso. El concepto "unicornio", por ejemplo, de por sí no es "falso": designa algo que no existe, eso es todo; e inversamente, dos conceptos absolutamente excluyentes, como "joven" y "viejo", pueden ambos estar designando realidades existentes en este momento. Luego, si dos conceptos no pueden ser contradictorios, sino simplemente *disimtos*, tampoco puede haber un tercero que "levante" la contradicción entre ellos. Por tanto, si una "síntesis" de este tipo *se encuentra*, será pura fantasía, palabrería, cuento chino. ¿Por qué, volviendo al ejemplo anterior, la "contradicción" entre "ser" y "no ser" se "resuelve" en "devenir"? Con la misma razón —o falta de ella— la podríamos "resolver" en "creación" (como paso del no ser al ser), o en "destrucción" (como paso del ser al no ser), o en "hombre" (porque ahora es, pero mañana no será), o en "gato" (que está en el mismo caso). En cualquier caso, la frase "levantar la contradicción" (o "resolver", o "superar", o cualquier traducción sinónima) *carece de sentido*, no quiere decir nada, porque no hay ninguna contradicción que resolver. Y decir cosas que no quieren decir nada, haciendo ver que son la expresión de la máxima sabiduría, se llama *cuento*.

Yo suelo llamar a Hegel "el Picasso de la filosofía": igual que Picasso introdujo en la pintura el *garabato*, Hegel introdujo en la filosofía el *cuento*. No quiero decir con ello que Hegel fuera un simple charlatán: sabía filosofía, y mucha. Como tampoco Picasso era un simple pintamonas: sabía pintura, y mucha. Por eso les salió la cosa bien. Los charlatanes y pintamonas han venido detrás.

También igual que Picasso sus garabatos, Hegel utilizó su ca-

(1) Y precisamente la dialéctica, «en el buen sentido», se ocupa de armonizar, de solucionar, aquellos casos en que aparecen como simultáneamente verdaderas dos proposiciones contradictorias: mostrando que son ambas verdaderas, pero en distinto sentido.

pacidad de cuento, fundamentalmente, para su provecho personal, para su carrera como profesor de filosofía. Por ejemplo, para demostrar ampulosa y pomposamente que el universo mundo es como es y no puede ser de otra forma. Contrariamente a muchos comentaristas de Hegel, yo buscaría los ejemplos más fecundos de utilización del método dialéctico en la *Filosofía de la naturaleza* (entendámonos: fecundos *para Hegel*). Así, por ejemplo, Hegel "dedujo" dialécticamente, con todo rigor, que la imantación del hierro entraña un aumento de su peso (lo cual es falso), o que los planetas giran según las leyes de Kepler y no puede ser de otro modo, o que es de todo punto imposible que entre Marte y Jupiter haya otro planeta. La lástima es que este planeta acababan de descubrirlo unos meses antes; Hegel, simplemente, no se había enterado. Si lo hubiera hecho, habría demostrado con el mismo aplomo y los mismos argumentos que el planeta tenía que estar y no podía faltar.

En cuanto a la utilización política de esta facilidad de enredo, por parte de Hegel fue todavía muy inocente: se redujo, en su época de madurez, a dar coba al que le pagaba, que era el rey de Prusia. En lo ideológico, la dialéctica de Hegel desemboca simplemente en una justificación de la Monarquía prusiana, quizá con unas tímidas sugerencias de reformas en sentido liberal.

Pero si Hegel no utilizó políticamente su dialéctica más que en la medida precisa para su carrera personal, este método, que permitía encontrar en el acto un argumento justificativo para lo que se quisiera, resultó ser un tesoro en manos de sus discípulos, empeñados en una acción política más concreta. La famosa frase de Marx, jactándose de haber puesto sobre los pies la filosofía de Hegel, que estaba sobre la cabeza, sólo expresa que Marx se quedó de Hegel con la "dialéctica" y desechó todo el resto. Y aún bajo la pluma de Marx, la utilización de la dialéctica es de una cándida inocencia, si la comparamos con el uso que hacen de ella sus partidarios, los marxistas contemporáneos en el poder.

En efecto, tras tomar el poder en Rusia, los marxistas establecieron en ella el sistema de terror más despiadado de que hay memoria en la historia de la humanidad (porque no hay ejemplo de otro gobierno que costara a su pueblo, en cincuenta años, *un tercio*

de la población que normalmente hubiera debido tener, o sea, una cifra equivalente a *la mitad* de la que efectivamente tiene (2). Los regímenes marxistas "satélites" o "hermanos" que se establecieron con posterioridad en Europa oriental o en Extremo Oriente, se apresuraron (se apresuran) a seguir este ejemplo. Luego es obvio que tales regímenes, para su conservación, necesitarán de muchísimas más justificaciones que gobiernos normales, y que tales justificaciones no pueden estar basados en el modo de razonar normal de una persona corriente, pues cualquier razonamiento ordinario, desde cualquier punto de partida, lleva forzosamente a su condena moral. Como escribe Solzhenitsyn: "Cuando la violencia irrumpe en la vida pacífica de las gentes, su rostro llamea de seguridad en sí misma. Lo lleva en su estandarte y grita: «¡Soy la violencia! ¡Dispérsense, circulen, aplasto!» Mas la violencia envejece rápidamente. Unos pocos años y ya no está segura de sí. Y para sostenerse, para tener un aspecto decente, llama infaliblemente como aliada a la mentira. La violencia sólo puede cubrirse con la mentira, y la mentira sólo puede mantenerse con la violencia" (3).

Pues bien, la dialéctica es precisamente el modo de razonar que permite decir a voluntad las mentiras que a cada momento necesita el poder establecido.

(2) Según el ya clásico estudio *Tri tsifry* («Tres cifras»), del profesor de Estadística I. Kurganov (última reed., en *Possev*, 1977 (12), págs. 54 y sigs.), la URSS, según coeficientes *mínimos* de crecimiento en circunstancias normales, aplicados a partir de 1917, hubiera debido tener, en 1959, 319,7 millones de habitantes. Tenía 208,8. El número global de bajas es de 110,7 millones. Se descompone en 44 millones de bajas en tiempo de la segunda Guerra Mundial (atribuibles a Hitler y a Stalin, al menos por mitad, porque éste no detuvo su política de terror durante la guerra, y, sobre todo, la facilidad de la invasión alemana en los primeros meses se debió, más que nada, a la incuria, incompetencia e impopularidad del régimen soviético), y bajas debidas exclusivamente al régimen: 66,7 millones de personas.

Por lo demás, las bajas chinas parecen aún más elevadas: se habla de 150 millones. Y en proporción al número de habitantes, parece que bate todos los récords Camboya.

(3) «Rechacemos la mentira», en *Solzhenitsyn alerta a Occidente*, selección y trad. G. Amiama, Acervo, Barcelona, 1978, pág. 43.

A la misma conclusión llega, en su excelente estudio del comunismo, Jean Madiran: "L'univers communiste est le monde clos du mensonge, et sa cohérence apparaît si l'on s'avise de sa plus profonde nécessité: de même que la vérité ne peut être servie que par la vérité, de même le mensonge ne peut être servi que par le mensonge" (4). El propio Madiran aporta ejemplos de cómo funciona este modo de razonar en la práctica. Cito uno. En 1926, Stalin está interesado en entrar en relaciones comerciales con Francia, para lo que le interesa un gobierno "burgués", sensible a los argumentos crematísticos. Luego impone a los comunistas franceses, en las elecciones, la táctica de "clase contra clase", sin colaboración alguna con los socialistas no comunistas. Como las elecciones en Francia son por mayoría a dos vueltas, en la segunda vuelta, si comunistas y socialistas mantienen ambos su candidatura, dispersan los sufragios de la izquierda y hacen más probable que gane un candidato de centro o derecha. Pero el argumento que se da no es el auténtico, sino que se condena toda colaboración con los socialistas como "oportunismo contrarrevolucionario". En cambio, llega 1936, y a Stalin ya le interesa positivamente una toma directa de poder en Francia. Pues se proclama la táctica del "frente popular", y se condena la actitud de aislamiento anterior como "desviacionismo sectario". En ambos casos resulta que la actitud del partido se deriva en línea recta de la teoría dialéctica. En ningún momento se menciona el interés de la URSS, cuando en realidad en ambos casos ha sido determinante en la actitud del PC "francés".

El análisis que hace Madiran de la práctica de la dialéctica es excelente, y sólo puedo recomendar calurosamente su lectura. Muestra que la dialéctica cumple dos fines prácticos: uno, justificar con motivos pseudoideológicos decisiones tomadas por razones de muy otro orden; y otro, envenenar los problemas que se denuncian: a cada injusticia, o dificultad, o problema, denunciados en Occidente, hay que designar al "beneficiario" o "culpable", y la cuestión de la eliminación de esta injusticia se ha de presentar como una *lucha*

(4) JEAN MADIRAN: *La vieillesse du monde*, Nouvelles Editions Latines, París, 1966, pág. 173.

política contra este "culpable", que la mayoría de las veces es un pseudoculpable. Porque de lo que tratan realmente los comunistas, como fuerza directamente al servicio de la URSS, no es de solucionar nuestros problemas occidentales, sino, por el contrario, de romper nuestra solidaridad interna, por aquello de que un reino dividido entre sí perecerá. De ahí el consejo práctico de Madiran, para no caer en la colaboración involuntaria con una potencia extranjera: por muy reales que sean las injusticias que denuncien los comunistas, *no tener nunca el mismo adversario al mismo tiempo que ellos*. Se puede combatir el mismo mal, pero sólo a condición de designar a otro culpable, o de proponer otra solución. Se puede tener al mismo adversario, pero no atacarlo al mismo tiempo. Supongamos que la propaganda comunista se ceba en el *apartheid* en Sudáfrica. No nos pongamos forzosamente a defenderlo. Pero dediquémonos de momento a otras injusticias más flagrantes; por ejemplo, al hambre en la India (porque los negros sudafricanos estarán muy discriminados, pero al menos comen). ¿Que no, que tienen que ser negros? Pues dediquémonos a Idi Amin o al presidente Macías, que exterminan negros en muy otra escala y de muy otra manera que los blancos sudafricanos: mientras en Sudáfrica se mata a un negro (entre la indignación general), ellos matan a un par de miles (en el silencio general). Pues olvidemos a Sudáfrica, y ocupémonos de éstos. ¿Es reconciliarnos con Sudáfrica? No, pero ya la atacaremos cuando deje de hacerlo la propaganda comunista (entonces, por los demás, quien estará colaborando con el comunismo será Sudáfrica). Y, sobre todo, ocuparnos de la radical e inmensa injusticia que supone la mera existencia de regímenes comunistas.

Ahora bien, Madiran opera con una limitación (afortunadamente para él): vive en Francia, luego sólo ha podido observar a los comunistas fuera del poder. De este material de experiencia, desde luego, ha extraído todo lo que daba de sí. Pero no obstante, para calibrar exactamente a qué puede llevar, en la práctica política, una teoría "dialéctica" de tipo hegeliano, hay que haber vivido bajo la dominación de sus partidarios: por ejemplo, en la URSS, o en China. Allí, la dialéctica cumple una función distinta: la de acallar, por su mera alegación, toda posibilidad de discusión con cualquier cam-

bio de política del Partido, o cualquier contradicción entre lemas que el Partido proclama a un tiempo. Un ejemplo clásico: es propósito declarado de los comunistas construir la "sociedad sin clases". Luego a medida que vayan desapareciendo las clases, por ejemplo, en la URSS, irá desapareciendo también la "lucha de clases", que origina la existencia de Estado, policía, represión, etc. Pero bajo Stalin, por el contrario, resultaba que la represión, la policía, las detenciones, etc., aumentaban. Pues bien, Stalin declaró fríamente que en Rusia la lucha de clases desaparecía a través de su intensificación. ¿Cómo es posible? Pues simplemente: se trata de un proceso dialéctico. Y ya está dicha la palabra mágica: después de eso nadie se atreve, no ya a discutir, sino siquiera a *dudar*. Sí, un auténtico miembro del Partido acepta disparates de este tipo con toda naturalidad, y lo que es más grave, a menudo con toda sinceridad.

Por tanto, definir la "dialéctica" como un modo de falsear deliberada y conscientemente la verdad sería una descripción incompleta. Lo es indudablemente para los "de arriba", para las autoridades supremas de los partidos comunistas. Pero para los de "abajo", los simples militantes o simpatizantes, e incluso el funcionariado intermedio, se parece mucho más a lo que Orwell, en su genial novela 1984, llama *negroblanco* y *doblepensar*. *Negroblanco* "significa la buena y leal voluntad de afirmar que lo negro es blanco cuando la disciplina del Partido lo exija. Pero también se designa con esta palabra la facultad de *creer* que lo negro es blanco, más aún, de *saber* que lo negro es blanco y olvidar que alguna vez se creyó lo contrario". En cuanto a *doblepensar*, "significa el poder, la facultad de sostener dos opiniones contradictorias simultáneamente, dos creencias contrarias albergadas a la vez en la mente. El intelectual del Partido sabe... que está trucando la realidad; pero al mismo tiempo se satisface a sí mismo por medio del ejercicio del *doblepensar* en el sentido de que la realidad no queda violada. Este proceso ha de ser consciente, pues, si no, no se verificaría con la suficiente precisión, pero también tiene que ser inconsciente para que no deje un sentimiento de falsedad y, por tanto, de culpabilidad. El *doblepensar* está arraigado en el corazón mismo del Ingsoc, ya que el acto esencial del Partido es el empleo del engaño consciente, conservando a la vez la

firmeza de propósito que caracteriza a la auténtica honradez. Decir mentiras a la vez que se cree sinceramente en ellas, olvidar todo hecho que no convenga recordar, y luego, cuando vuelva a ser necesario, sacarlo del olvido sólo por el tiempo que convenga; negar la realidad objetiva sin dejar ni por un momento de saber que existe esta realidad que se niega...; todo esto es indispensable. Incluso para usar la palabra *doblepensar* es preciso emplear el doblepensar. Porque al usar la palabra se admite que se están haciendo trampas con la realidad. Mediante un nuevo acto de doblepensar se borra este conocimiento; y así indefinidamente, manteniéndose la mentira siempre unos pasos delante de la verdad" (5).

Si donde dice "doblepensar" ponemos "dialéctica", obtenemos una admirable descripción de su empleo en la URSS o en China. El auténtico comunista entrena sistemáticamente su mente en esta dirección. Es perfectamente capaz de *crear* que las instituciones e ideas jurídicas, políticas, religiosas, son una "superestructura" generada por las relaciones de producción, y a la vez, que estas ideas o instituciones superestructurales configuran decisivamente la "base" económica. Con media boca hablará de la "unidad político-moral del Partido y del pueblo soviético", con la otra media gritará que ese mismo pueblo soviético está lleno de saboteadores y contrarrevolucionarios que hay que combatir con la "vigilancia revolucionaria". Etcétera, etcétera, etcétera. Incluso metido en un campo de concentración, con todos los resultados prácticos del régimen a la vista, llegará a negar la evidencia y a seguir dando explicaciones "dialécticas", es decir, a mostrarse totalmente impermeable a cualquier argumentación racional. En el tomo 2 de *Archipiélago GULAG* (6), Solzhenitsyn ha dedicado a esta clase de personas un capítulo entero —"Los bienpensantes"— que me dispensa de alargar la descripción. Lo que sí quiero subrayar es que un funcionario comunista puede razonar "dialécticamente" con toda sinceridad, y, a la vez, saber perfectamente que se trata de un sistema de razonamiento mendaz. Las

(5) GEORGE ORWELL: 1984, trad. R. Vázquez Zamora, colección «Libros RTV», Salvat, Estella, 1970, págs. 162-164.

(6) Trad. L. Gabriel, Plaza & Janés, Esplugas de Llobregat, 1976, páginas 235-258.

razones para adoptarlo, incluso "interiorizarlo", podrán variar de un individuo a otro: desde el clínico, que se lo toma como condición necesaria para ocupar un cargo y disfrutar los correspondientes privilegios (en un país con tanta pobreza como la URSS, es una razón de bastante más peso que entre nosotros), hasta el intelectual de buena fe, que "se lo cree", cabe toda una gama de motivaciones intermedias. Pero, por lo que sea, el caso es que hay personas, entre los comunistas que "de verdad" razonan "dialécticamente". Y las demás lo hacen ver.

La aplicación y utilización constantes de este método "dialéctico" ha dado lugar a todo un sistema, a todo un universo de mentiras, a todo un mundo mental, que poco tiene que ver con la realidad. Su mejor estudio de conjunto que yo conozco es el que ha realizado uno de los mejores expertos mundiales en comunismo, Román Redlich, en un libro de título un tanto estremecedor: *El estalinismo como fenómeno espiritual* (7).

Lo que Solzhenitsyn o Madiran llaman simplemente "mentiras", Redlich, con más técnica, lo clasifica en "mitos" y "ficciones". *Mito* es un mentira dicha con la intención, o la esperanza, de que dentro y fuera de la URSS se la crean. En cambio, una *ficción* se proclama desde la tribuna, pero no se la cree ni el orador ni el auditorio, y el orador lo sabe perfectamente. Sin embargo, órdenes son órdenes, y la ficción se va repitiendo una y otra vez. Desde luego, la divisoria entre mito y ficción es imprecisa y variable: algo puede ser mito en Occidente, y ficción en la URSS, o pasar de una categoría a otra (lo normal es que pase de mito a ficción). Pero son cosas distintas. Como mitos, podemos citar lo de que el "socialismo" es más "adelantado" que el "capitalismo", o la "cientificidad" del "marxismo", o la "lucha de clases", la "agresión imperialista", el "revanchismo alemán". En cambio, son absolutas ficciones, por ejemplo, la "Constitución más democrática del mundo", el "entusiasmo de las masas", la "ira de todo el pueblo" contra posibles disidentes, o bien la "amistad fraterna entre las nacionalidades soviéticas".

(7) *Stálinshina kak dujévnij fenomen*, Pósev-Verlag, Frankfurt/Main, 1971, desgraciadamente no traducido al español.

No debe creerse que la repetición de estas ficciones sea un simple "número", algo totalmente desprovisto de alcance práctico. Al contrario, no sólo cada mito, sino incluso cada ficción, tienen un cometido muy concreto en cuanto a incidir sobre la *conducta* del súbdito soviético, independientemente de que crea o no en ellos. Como escribe Redlich: "Es que profesar el dogma oficial es obligatorio en la URSS. Todo ciudadano soviético, desde el mismo Stalin hasta el último pequeñajo en la guardería del más perdido *koljós*, está obligado a creer, o mejor dicho, a hacer ver que cree, que no cabe vida mejor que la que lleva, pues el Partido dice siempre la verdad y sólo la verdad, y hace el bien y sólo el bien. Esta fe, o como es siempre insuficiente, esta imitación de fe, los soviéticos están obligados a *demostrarla en actos*" (8). Es decir, a votar a favor, a redactar trabajos en clase de formación política, a participar en manifestaciones, a cumplir el plan, a colaborar con la KGB, etc. Por ejemplo, la ficción de la "ira del pueblo", en que no cree nadie, sin embargo impide muy eficazmente que la gente se solidarice con los disidentes procesados; la ficción del "entusiasmo de las masas" sirve para que a nadie se le ocurra rezongar o protestar por las condiciones laborales. Y así, todas. Redlich pone un ejemplo especialmente ilustrativo: en los años treinta, Stalin "colectivizó" la agricultura, desterrando a varios millones de campesinos. El resultado fue el hambre, que se llevó a otros varios millones de personas. Pues bien, mientras aún se hacían sentir sus efectos, mientras había gente muriendo de inanición, Stalin proclamó que "la vida es más dichosa, la vida es más acomodada". A primera vista, parece no tener sentido. Pero sí lo tiene. Oigamos a Redlich: "En esta ficción se refleja con particular crudeza el deseo expreso de falsear la realidad... Se exige de la población una actitud muy determinada ante esta ficción. No protestar contra ella es absolutamente insuficiente. Hay que profesarla activamente. Esto se hace en innumerables expresiones colectivas de agradecimiento a Stalin por la vida dichosa. Se hace en manifestaciones, en que la gente no debe limitarse a pasar ante la tribuna de los jefes, sino que con canciones, danzas y caras radian-

(8) *Stálinshina*, págs. 61-62.

tes debe expresar el slogan: «¡Gracias al camarada Stalin por una vida feliz!».

"Las ficciones no son sólo una manifestación, sino también una fuerza eficaz del régimen... En particular, la ficción de la vida dichosa y acomodada no sólo se machaca en el cerebro de los súbditos soviéticos por unos gigantescos servicios de propaganda, sino que cuando se hace repetir, aun de boquilla, al pueblo, sirve para alcanzar tres objetivos:

"1. No permite al ciudadano soviético quejarse de las dificultades de la vida diaria.

"2. Facilita el desarrollo de una psicología de robots, de seres capaces de percibir su condición como debida y hasta encontrar en ella cierta satisfacción.

"3. Paraliza en la población los restos de voluntad de resistencia.

"Personas que no se atreven a estar foscas y silenciosas, que deben retorcer sus rostros en muecas de alegría, dar las gracias al poder soviético por la dicha de florecer bajo el sol de la Constitución estaliniana —para lo cual se necesitan no pocas energías espirituales—, tales personas pierden gradualmente toda capacidad de fe sincera, y con ella, toda capacidad de resistencia" (9).

¡Qué lejos estamos del inofensivo autobombo académico del profesor Hegel! La dialéctica, actualmente, se ha convertido en instrumento directo de un poder totalitario, que, no lo olvidemos, nos amenaza también a nosotros.

Y claro, lo que se nos plantea a los no comunistas es el problema de qué actitud práctica tomar ante toda esta propaganda "dialéctica" que, al fin y al cabo, está dirigida a nosotros. Desde luego, no soy quién para dar consejos a nadie. Me limitaré a exponer mi propia actitud, inspirada, eso sí, en la de los creyentes de la Iglesia del Silencio. Es simplemente *ignorar*. Ni atacar, ni criticar, ni discutir, ni denunciar, ni luchar, sino simplemente no oír. Las autoridades comunistas saben que un creyente, aunque no proteste por nada, aunque obedezca en todo al régimen, jamás interiorizará sinceramente su sistema de mitos y ficciones, porque en su lugar tie-

(9) *Ibid.*, págs. 79-80.

ne la fe. Luego verá siempre en la conducta del creyente algo imprevisible, algo no sometido a control. Luego luchará siempre, mientras exista, por la aniquilación de toda religión. El creyente, en cambio, no lucha contra el poder, ni contra sus mitos. Se limita a ir a lo suyo, a predicar el Evangelio, sin tener para nada en cuenta la ideología oficial. Y, para el poder, esto es quizá más peligroso incluso que la lucha abierta, porque lo priva de su justificación, lo descubre como lo que es: una estructura de violencia al servicio de una pandilla de *gangsters*. En la lucha, algo de común se tiene siempre con el adversario. En cambio, ahí, no, y por eso es la manera de apartar radicalmente el velo de mentira "dialéctica" en que este adversario se envuelve: como escribe Solzhenitsyn, "la mentira, como la peste, sólo puede vivir en los hombres" (10); luego cuando los hombres la ignoran, se desvanece por sí sola.

Pues ésta es un poco la actitud que adopto también aquí en Occidente. No discuto con un razonamiento "dialéctico". Como hemos visto, lógicamente no tiene sentido; luego, ¿qué discusión, qué "diálogo" cabe con él? Cuando una persona se me acerca y me lanza una serie de sonidos inarticulados —*rrrr-pak-flüüüü*—, por mucha buena fe, convicción, sinceridad que ponga en ello, yo lo siento mucho, pero no tengo nada que contestarle. Y si no hay tal buena fe, con más motivo: el que miente se pone al margen de la comunicación humana ordinaria. Se le puede pegar, se le puede escupir, se le puede dar la espalda, pero lo que no se puede hacer es discutir. Luego, como cualquier razonamiento de los marxistas está impregnado de "dialéctica", tengo todo lo que dicen por no dicho. Por consiguiente, me formo yo mismo mis propios juicios sobre temas sociales, elijo yo mismo los problemas que me parecen prioritarios, les propugno las soluciones que a mí me parecen mejores; en una palabra, procuro mejorar en lo que puedo la realidad que me rodea. De lo que dicen las teorías "dialécticas" no me ocupo ni para refutarlo: prefiero ir a lo mío, es decir, a lo nuestro, y no gastar pólvora en salvas. Parafraseando un viejo aforismo oriental: ante la verdad, alegría; ante la mentira, indiferencia.

(10) *Loc. cit.*